

LA ROSA DE CUARZO

Las manos endurecidas y callosas de Pedro golpean firme la dura roca del cuarzo rosado. Tan valiosa, bien vendida y exportada a lejanos países -ni él se imagina adónde irán a parar sus huellas- y tan mala paga que recibe... Algún gambusino como él verá que el sol está apareciendo entre los cerros e inunda de rosas y naranjas la fresca mañana. Es otoño allá abajo, en el valle, los álamos amarillos, como pinceladas de Dios, rompen la horizontalidad del paisaje.

¿Habrá ido Pedrito a la escuela?, pensó Pedro mientras silbando al aire arrancaba con fuerza la preciosa piedra, porque Hilda, su mujer, no lo vio muy bien en la mañana; toda la noche estuvo tosiendo y dudaba en mandarlo a la escuela. No era para menos, vivían en una precaria casa que era sólo un oscuro rincón húmedo y frío. ¡Si ganara unos pesos más! se podrían ir a vivir La Verbena. Al menos Pedrito tendría escuela, hospital y amigos. En cambio en este páramo, el pequeño de nueve años tenía que recorrer a pie tres leguas y cruzar el río por un endeble y alto puente de sogas y madera. Si bien lo acompañaban otros niños de hogares vecinos, su hijo era el más pequeño. ¡Qué esperanzas por ganar más...! Don Medranto es un explotador insensible y mezquino. ¡Qué mala suerte la de los mineros! Ojalá algún día viera al Muki. Si el minero ve primero al duende, ese día tendrá suerte; en cambio, si el duende lo ve primero a él, se le caerá la mina... Los viejos mineros no nombran a Dios en las minas.

Con la aurora, al gambusino lo acompañan niños que le llevan el guiso pues volverá con el ocaso. Cada gambusino deja en la mina, harina, grasa y sal para cuando venga el siguiente. Él había nacido en una mina. No sabía hacer otra cosa, el oficio de pirquinero lo heredó de su padre. ¡Duro oficio! ¡Si habrá sufrido su pobre madre en esta vida llena de privaciones para que, al final, quedara viuda porque a su padre se le apareció el Muki y en un derrumbe, quedó enterrado en la mina!

Eran jóvenes todavía, tal vez algún día cambie la suerte. Especialmente por Hilda y Pedrito, él se las aguantaba. El ruido de la maza le adormeció el pensamiento. Él también tosía, ignorando el riesgo que ello significaba.

Cuando el sol se perdía en el horizonte, volvió a su casa. Hilda estaba sentada con el mate listo. Había lavado mucha ropa, que coloreaba el alambrado de punta a punta. Las manos de ella hablaban también de la dureza de su trabajo. En el patio lo recibió su hijo, que jugaba con un palo de escoba a modo de caballito.

Besó a los dos. Su mujer le dijo que el niño estaba mejor. Se lavó la cara, las manos y se sentó a disfrutar de los mates y de las tortas fritas que rebalsaban un plato y que pronto desaparecieron.

A la noche, Pedrito no tosió, lo abrigaron bien. Hilda y Pedro buscaron el amor para escapar del frío y abrazados, se durmieron.

A la mañana siguiente, la rutina del día. Pedro, golpeaba la rosa del cuarzo cuando escuchó hombres y mujeres que ascendían la loma gritando y llorando. Hilda venía con ellos encabezando el grupo y su grito fue un desgarró: ¡Pedrito, Pedro! Pedro adivinó lo peor. ¡Santa Bárbara bendita! Su dolor fue un rugido que quebró la mañana. La rosa del cuarzo enrojeció por la sangre del mazazo en la mano. Pedrito había caído del puente alto y otros mineros lo estaban buscando.

Luego del velorio quedaron los dos solos. Sentados en el patio de tierra mojado de lágrimas, mudos. Miraban sin ver cómo la vida seguía como si nada; las mariposas revoloteaban en la panza del perro y las chicharras continuaban su concierto.

Al día siguiente, un hombre, roto, golpeaba la rosa, tan rosa como siempre...